

## El poblado

Mientras el centinela, con la boca abierta por la sorpresa, se quedaba inmóvil, yo avancé algunos pasos al encuentro del niño que corría hacia nosotros. El peligro que lo amenazaba, que sin duda había provocado el grito de angustia que nos sobresaltó, y del que trataba de huir a la carrera, era ya evidente: una manada de lobos había aparecido tras de sus pasos en el recodo del camino. El primero de ellos estaba pisándole los talones.

Rápido como el pensamiento, desnudé la espada que afortunadamente llevaba ceñida al cinto. Mientras el fugitivo pasaba corriendo a mi lado, lancé una rápida estocada en dirección a la fiera que lo seguía. El golpe fue certero. El arma atravesó el costado del lobo, justo al lado del corazón.

Otro de los animales, una bestia enorme, de pelaje erizado, abandonó ahora la persecución de su

víctima para lanzarse contra mi garganta. Apenas tuve tiempo de prepararme para su asalto. Actuando casi instintivamente, dirigí hacia el lobo la punta de mi arma. Tampoco en este caso me abandonó la suerte. La espada penetró en sus fauces y se hundió en sus órganos vitales. Pero el impacto que recibí fue tan grande, que caí al suelo bajo su corpachón.

Afortunadamente, mi enemigo estaba muerto. El resto de la manada se retiró, asustada por la aparición de tres o cuatro soldados más, que habían acudido alarmados por el ruido. Uno de ellos era el coronel Watson. Mientras dos de sus hombres me ayudaban a levantarme, el coronel me dijo:

—Debería detenerlo. El centinela me ha dicho que usted le ha arrancado el arma de las manos cuando estaba cumpliendo con su deber.

—¿Preferiría usted que hubiese asesinado al niño? —respondí con ira.

—No es más que un indio —repuso cínicamente el coronel.

No me digné contestarle. Pocos pasos más allá, la causa involuntaria de este enfrentamiento nos

miraba con ojos asustados, acurrucado contra un árbol. Watson se acercó entonces a él y comenzó a hacerle preguntas en su propia lengua. Naturalmente, no me enteré de nada. Pero, en cuanto terminaron de hablar, me acerqué al coronel y le pedí que me informara de las últimas noticias. No puso ningún inconveniente.

—Este niño es hijo de un jefe de los Mohawk. Los franceses han atacado su poblado. Los rumores eran ciertos. De Frontenac ha lanzado otro ataque, aunque esta vez, al parecer, va solo contra los indios. El chico estaba en el bosque cuando comenzó el asalto y no pudo entrar en el poblado. Por la noche, los lobos lo descubrieron.

—¿Qué va a hacer usted?

—Dejarlos que peleen entre ellos. El asunto no nos concierne por ahora.

—¿No va a defender a los indios?

—No. Que se las arreglen solos.

—Entonces ¿piensa regresar mañana a Albany?

—Por supuesto que no. ¿Cree que voy a dejar a los franceses sin vigilancia, tan cerca de nuestras fronteras? Seguiremos hacia el poblado, pero avan-

zaremos mucho más despacio. Quiero llegar cuando los atacantes se hayan marchado.

Antes de volver al lugar donde tenía que pasar la noche, me acerqué al niño indio. Estaba mucho más tranquilo. Devolvió mi mirada, pero no dijo una palabra. Sin duda sabía o se imaginaba que yo no podía comprenderlo.

A la mañana siguiente continuamos la marcha con grandes precauciones. El coronel había enviado tres exploradores para conocer la situación. Poco antes del mediodía, regresaron. Yo estaba muy cerca de él y pude enterarme de lo que habían descubierto.

—Los franceses se han marchado, señor. El poblado está desierto y destruido.

—¿Qué dirección han seguido?

—Hacia el oeste.

—Eso significa que se dirigen a otro de los pueblos Mohawk. Sin duda quieren darles un buen escarmiento. ¡Bien! No creo que tengamos nada que temer de ellos.

—¿No podrían regresar por el mismo camino, después de lograr sus propósitos? —pregunté.